

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Director de la Revista
Raúl Prebisch

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri

Secretaria Adjunta
Rosa Nielsen



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1985

SUMARIO

Nota de la Dirección	7
Crisis y desarrollo en América Latina y el Caribe. <i>Secretaría Ejecutiva de la CEPAL.</i>	9
Exposición presentada a la Reunión de Expertos sobre Crisis y Desarrollo de América Latina y el Caribe. <i>Enrique V. Iglesias</i>	59
La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo. <i>Raúl Prebisch</i>	65
Las perspectivas de la evolución política y social de América Latina. <i>Torcuato Di Tella</i>	91
La transformación del modelo de industrialización en América Latina. <i>Klaus Esser</i>	103
El proceso de acumulación y la debilidad de los actores. <i>Víctor E. Tokman</i>	117
La crisis internacional y el desarrollo latinoamericano. Objetivos e instrumentos. <i>François Le Guay</i>	129
La recuperación de la hegemonía norteamericana. <i>María da Conceição Tavares</i>	141
Crisis, ajuste y política económica en América Latina. <i>David Ibarra</i>	149
Comentario	157
Carlos Massad: "El costo real de la deuda externa para el acreedor y para el deudor" <i>Revista de la CEPAL</i> N° 19, abril de 1983, pp. 185 a 197. <i>Observaciones acerca del análisis formal del servicio real de la deuda</i> (Roger Lindqvist y Soren Wibe) <i>Respuesta</i> (Carlos Massad)	
Publicaciones recientes de la CEPAL	158

La recuperación de la hegemonía norteamericana

*María da Conceição Tavares**

Uno de los fenómenos más destacados en las relaciones económicas y políticas internacionales de los últimos años ha sido el de la recuperación del poder de los Estados Unidos en el mundo occidental. Después de un par de décadas en que parecía consolidarse una situación de multipolaridad en la estructura de las relaciones de los países capitalistas desarrollados, se ha vuelto a producir una concentración del poder económico en manos del país que, por cierto, desde hace ya muchos años, es el centro principal de la economía mundial.

La autora de este artículo, destacada economista brasileña, presenta los hitos principales de ese proceso, que son una consecuencia directa de la política seguida por los Estados Unidos desde 1979. En ella se combina una política fiscal expansiva con una política monetaria restrictiva que eleva las tasas de interés y encauza hacia ese país los flujos financieros internacionales. A juicio de la autora, el peso decisivo de dicha política ha tenido como consecuencia que los demás países industrializados —cualquiera sea su orientación política— han tenido que reorientar las suyas para adecuarlas a la de los Estados Unidos, poniendo así en evidencia el papel central que éste representa en el concierto mundial.

Luego de analizar los importantes efectos que esta política está teniendo tanto dentro como fuera de los Estados Unidos, examina las probabilidades de que pueda mantenerse en el futuro y la forma en que ello condicionaría las opciones de política de los países de América Latina, en especial del Brasil, en el plano de las relaciones financieras y comerciales internacionales.

*Profesora Titular de la Facultad de Economía de la Universidad de Río de Janeiro. Una versión preliminar de las ideas que desarrolla en este artículo fue presentada en una reunión patrocinada por el Instituto de Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro en septiembre de 1984.

Hasta el año 1980 ó 1981 no era razonable suponer que los Estados Unidos conseguirían reafirmar su hegemonía sobre sus competidores occidentales ni mucho menos evolucionar hacia un nuevo orden económico internacional y una nueva división del trabajo bajo su dirección. Hoy esa probabilidad es bastante alta.

Hasta fines del decenio de 1980, no se preveía que Estados Unidos fuera capaz de alinear a dos países de importancia estratégica en el orden capitalista: el Japón y Alemania occidental. Si Estados Unidos no hubiese logrado amoldar a la economía privada japonesa a su juego de intereses y si las políticas inglesa y alemana no hubieran sido tan conservadoras, ese país habría tenido que hacer frente a dos bloques, europeo y asiático, con pretensiones de independencia económica. Cabe subrayar que en esa época los intereses en juego eran tan visiblemente contradictorios que las tendencias mundiales eran policéntricas y parecía imposible que Estados Unidos lograra reafirmar su hegemonía, aunque siguiese siendo la potencia dominante.

Otras circunstancias generales que se manifestaron en el decenio de 1970 parecían confirmar esa tesis. El sistema bancario privado operaba totalmente fuera del control de los bancos centrales, en particular del Banco de la Reserva Federal (FED). El subsistema de filiales transnacionales funcionaba a base de divisiones regionales del trabajo entre empresas, a contrapelo de los intereses nacionales estadounidenses, lo que agudizaba la competencia intercapitalista en perjuicio de los Estados Unidos.

En síntesis, la existencia de una economía mundial sin polo hegemónico llevaba a la desestructuración del orden vigente de la postguerra y a la descentralización de los intereses privados y regionales.

Los desdoblamientos de la política económica interna y externa de los Estados Unidos, de 1979 a esta parte, se orientaron en el sentido de invertir esas tendencias y de retomar el control financiero internacional a través de la llamada diplomacia del dólar fuerte.

Como es de conocimiento general, el presidente del FED, al finalizar la última reunión del FMI en 1979 declaró que no estaba de acuerdo con las propuestas del FMI y de los demás países miembros que tendían a mantener un dólar devaluado y a aplicar un nuevo padrón monetario internacional. Adujo que los Estados Unidos no permitirían que el dólar siguiera devaluándose

como venía ocurriendo desde 1970, en particular después de 1973 con la ruptura del Smithsonian Agreement. Después de este brusco cambio de posición, los Estados Unidos anunciaron que el dólar se mantendría como padrón internacional y se restauraría la hegemonía de su moneda. Esta restauración del poder financiero del FED significó que los propios Estados Unidos y la economía mundial se sumieron en una recesión continua que duró tres años. Incluso quebraron varias grandes empresas y algunos bancos norteamericanos, aparte de que se sometió a la propia economía estadounidense a una violenta tensión estructural. El inicio de la recesión y la brusca elevación de la tasa de interés pesaron decisivamente en la derrota electoral del Presidente Carter.

Al pasar revista retrospectivamente a los acontecimientos, puede afirmarse que la política económica del gobierno de Reagan (posterior a estos sucesos) no resultó absurda para los intereses nacionales norteamericanos —como pregaron casi todos los economistas en el momento de su formulación— aunque haya ocasionado una presión verdaderamente 'imperial' sobre el resto del mundo. En verdad se trata de una política muy contradictoria, que no derivó de ninguna 'conspiración internacional' y ni siquiera de un sólido consenso interno. Por lo demás, no podía haber tal consenso cuando la Tesorería estadounidense tenía una política y el FED otra; cuando el grupo de California abrigaba ciertas ideas y los del Middle West y de la costa oriental otras totalmente diferentes. En resumen, como resultado de una intensa confrontación de intereses y de conflictos internos, los Estados Unidos aplicaron, y continúan aplicando, una política polifacética que implicó iniciar un proceso de recuperación económica de una peculiar naturaleza, casi inconcebible al despuntar el decenio de 1980.

En efecto, además del movimiento de restauración del prestigio político e ideológico, Reagan se propuso una cosa nunca vista, a saber, una política keynesiana espuria, cabeza abajo, combinada con una política monetaria dura. Redistribuir el ingreso a favor de los más ricos, aumentar el déficit fiscal y subir la tasa de interés es una combinación explosiva de políticas económicas, tanto desde el punto de vista interno como internacional. A pesar de todo, esta política contradictoria tuvo como resultado la recuperación econó-

mica de los Estados Unidos en la medida en que este país consiguió influir sobre sus asociados y desafiar económicamente a sus adversarios.

Por otro lado, al mantener una política monetaria dura y forzar la sobrevaluación del dólar, el FED reasumió en la práctica el control del sistema bancario privado internacional y articuló en su provecho los intereses de un conjunto disperso. De hecho, ese sistema, a partir del vuelco anunciado por el presidente del FED, seguido de la quiebra de Polonia, fue obligado en primer lugar a contraer el crédito casi instantáneamente, con lo cual se estancó el ritmo de las operaciones en el mercado interbancario y, sobre todo, la expansión del crédito para los países de la periferia. La reducción de los préstamos fue aún más violenta después de la crisis de México, pues en esa ocasión el sistema bancario privado reaccionó con pánico y se refugió en las grandes plazas financieras. A partir de ese momento, el movimiento del crédito interbancario se orientó decisivamente hacia los Estados Unidos y el sistema bancario quedó bajo el control del FED. Y no sólo bajo el control de la política monetaria, que dicta la reglas del juego, así como las fluctuaciones de la tasa de interés y de cambio, sino también al servicio de la política fiscal norteamericana. Desde comienzos del decenio de 1980, todos los grandes bancos internacionales operan en Nueva York, no sólo al socaire del FED, sino también financiando obligatoriamente —porque no les queda más remedio— el déficit fiscal norteamericano.

Todo eso puede parecer muy extraño. Mas la verdad es que hoy presenciamos la siguiente situación: los Estados Unidos registran un déficit fiscal de naturaleza estructural, y la imposibilidad de comprimirlo surge de sus propias políticas financiera y militar. Es creciente el componente financiero del déficit, por efecto simplemente del 'rodamiento' de la deuda pública, lo que la ha hecho dobiarse en apenas tres años. La deuda pública alcanzó en 1984 cerca de 1.300.000 millones de dólares, cifra cercana al total de la circulación monetaria en el mercado interbancario internacional. Esta deuda es el único instrumento que tienen los Estados Unidos para realizar una captación forzosa de la liquidez internacional y para encauzar el movimiento del capital bancario japonés y europeo hacia el mercado monetario norteamericano.

Hasta 1981 sólo la política económica del Reino Unido apoyaba declaradamente a la moneda norteamericana. Los japoneses mantenían posibilidades reales de aplicar una política monetaria autónoma y se resistían a la adopción de políticas neoconservadoras apoyadas en el receptor monetarista. Varios otros países como Francia, Austria y las naciones del norte de Europa, hasta el mismo Brasil, intentaron también resistirse al alineamiento automático con la política económica ortodoxa. Todos sabían claramente, de 1979 a 1981, que no debían alinearse y a pesar de todo fueron sometidos. Todos los países desarrollados del mundo, cualesquiera sean sus gobiernos —socialistas, socialdemócratas, conservadores, etc.— están prácticamente alineados en términos de política cambiaria, política de tasa de interés, política monetaria y política fiscal. Como resultado, el conjunto de las tasas de crecimiento, de las tasas de cambio y de las tasas de interés es concéntrico al desempeño de estas variables en el ámbito de la economía norteamericana.

En estas circunstancias, todos los países se han visto obligados a practicar políticas monetarias y fiscales restrictivas y a mantener superávit comerciales crecientes, que esterilizan su potencial de crecimiento endógeno y convierten sus déficit públicos en déficit financieros estructurales, inútiles para una política de reactivación económica.

Una experiencia impresionante y hasta dramática de alineamiento de la política económica ocurrió con el Japón. Durante todo el período de postguerra este país fue el más heterodoxo en materia de política económica. Efectuaba inversiones con crédito de corto plazo y una política monetaria suelta; agrupó a su sistema empresarial con una estructura de riesgo aparentemente imposible; hizo poco uso del mercado de valores y de la deuda pública; en fin de cuentas, produjo su propio modelo nacional de desarrollo. Trató en 1975 de aplicar un plan de reacomodo interno congruente con sus potencialidades, pero fue forzado progresivamente a abandonar todo eso y hoy está enteramente bajo la influencia de la dinámica de la economía norteamericana. El Japón no está realizando una política de desarrollo autónomo, salvo en lo que toca a la seguridad interna mínima de su sociedad. El Japón tiene la mayor parte de su capital bancario y multinacional atada a los proyectos de recuperación norte-

americana, con excedentes exportables gigantes, y sin posibilidad de retomar su tasa histórica de inversión y crecimiento. Esto significa que el mercado financiero japonés está irremediablemente atado al norteamericano, salvo algún accidente que podría ocurrir entre 1985 y 1987, si el sistema bancario norteamericano encontrara turbulencia y el dólar se devaluara abruptamente, único punto donde todavía hay una posibilidad de ruptura capaz de desestabilizar la hegemonía norteamericana.

Hace algún tiempo todo llevaba a creer que los Estados Unidos habían perdido la capacidad para dirigir el mundo en forma benéfica, lo que todavía sigue siendo cierto. Pero, en cambio, los norteamericanos entre 1979 y 1983 dieron pruebas indiscutibles de su capacidad, no siempre benéfica, para ejercer su hegemonía y amoldar a todos los países, por conducto de la recesión, a su *desideratum*.

A partir de 1984, según las propias palabras de su élite financiera, están estableciendo una nueva división internacional del trabajo y se vanaglorian de ser la *trade locomotive* de la recuperación mundial¹.

Un aspecto fundamental de ese proceso de restauración de la posición hegemónica de los Estados Unidos resalta al analizar las relaciones económicas internacionales de ese país. Entre 1982 y 1984 los Estados Unidos lograron doblar su déficit comercial en cada año, lo que, conjuntamente con la percepción de intereses, les permitió absorber transferencias reales de ahorro del resto del mundo, que sólo en 1983 totalizaron 100.000 millones de dólares y en 1984 deben haber sobrepasado los 150.000 millones. Por otro lado, sus relaciones de intercambio mejoraron y sus costos internos bajaron, ya que las importaciones que efectúan son las mejores y las más baratas de todo el mundo. Así, sin hacer ningún esfuerzo intensivo de ahorro e inversión, sin tocar su infraestructura energética, sin tocar su agricultura ni su vieja industria pesada, los Estados Unidos están modernizando su industria de punta con equipos baratos del tipo más avanzado y con los capitales de riesgo del Japón, de Alemania occidental y del resto de Europa y del mundo.

¹Véase Morgan Guarantee Trust, *World financial markets*, septiembre de 1984.

La estructura del comercio norteamericano fue siempre simétrica y cerrada. Los Estados Unidos exportaban materias primas, alimentos, insumos industriales y bienes de capital, es decir, todos los renglones importantes del comercio internacional. Las relaciones económicas de los Estados Unidos con el resto del mundo no podían encuadrarse en el esquema tradicional de centro-periferia. Necesitaban una división del trabajo internacional que los favoreciera en términos absolutos o relativos. El hecho sorprendente es que ahora están queriendo instaurar una división internacional del trabajo en su beneficio exclusivo. Después de haber exportado al resto del mundo durante más de dos decenios a través de las multinacionales el padrón tecnológico del sistema industrial norteamericano, usan su poder hegemónico para rehacer su posición como centro tecnológico dominante. Así, se aprovechan de sus bancos, del comercio y de las finanzas y las inversiones directas extranjeras para realizar el *redeployment*, pese a haber perdido la competencia comercial frente a las demás economías avanzadas e incluso de algunas semindustrializadas.

Los Estados Unidos están ahora realizando fuertes inversiones en el sector terciario y en las nuevas industrias de tecnología de punta. Basta examinar la estructura de la inversión en 1983 y 1984 para apreciar la concentración extrema de los gastos en inversiones correspondientes al campo de la informática, la biotecnología y los servicios refinados. Los Estados Unidos no se interesan por sustentar su antigua estructura. Además saben que no tienen capacidad para alcanzar un gran auge a partir de la reforma de los sectores industriales que estuvieron a la vanguardia del crecimiento económico en la postguerra. Por el contrario, los Estados Unidos están concentrando esfuerzos en el desarrollo de los sectores de punta y sometiendo a la vieja industria a la competencia internacional de sus asociados.

Con sus enormes *déficit* comerciales y la reanudación del crecimiento, garantizan la solidaridad de sus socios exportadores, sobre todo el Japón y Alemania occidental. Con sus altas tasas de interés real, afianzan la solidaridad de los banqueros. Y con los *joint ventures* dentro de los Estados Unidos, aseguran su posición de avance para el futuro, aparte ayudar en la recuperación de su economía nacional.

Cabe subrayar que la recuperación de la eco-

nomía norteamericana se está efectuando con créditos de corto plazo y con un endeudamiento creciente. En la práctica los norteamericanos están aplicando la misma técnica que el Brasil y México aplicaron recientemente y que el Japón utilizó en el decenio de 1950. Al fin los Estados Unidos descubrieron la técnica latinoamericana y japonesa de desarrollo: financiamiento de la inversión a base de crédito de corto plazo, endeudamiento externo y déficit fiscal. Y como su moneda es hegemónica y está sobrevaluada, la economía estadounidense no tiene inflación. Por lo demás, éste es un hecho que deja muy perplejos a los economistas, pues si valiese lo que dicen los monetaristas o los keynesianos, o cualquier libro de texto tradicional, los Estados Unidos estarían ya experimentando una inflación galopante, en virtud del fantástico empuje de la demanda promovido por una aplicación heterodoxa de la política económica.

Un ejemplo de esta heterodoxia se relaciona con la política presupuestaria. Los Estados Unidos mantienen prácticamente estancado el gasto en bienes y servicios de utilidad pública, han aumentado el gasto en el sector de los armamentos y han recortado concomitantemente los gastos de bienestar. En síntesis, han trocado los gastos en bienestar social por armas y han efectuado una redistribución de los ingresos en favor de los ricos. Además, han reducido la carga tributaria que pesaba sobre la clase media y han eliminado casi por completo la incidencia de los impuestos sobre los intereses pagados a los bancos por concepto de compras de bienes de consumo duraderos. Propiciaron también depreciaciones aceleradas de los activos y el refinanciamiento de los pasivos de algunas empresas. En estas condiciones, el endeudamiento de las familias se ha convertido en excelente negocio, porque parte de la carga financiera de la deuda se descuenta del impuesto sobre la renta. Así pues, se ha tomado crédito a corto plazo y en gran escala para respaldar la compra de casas y de bienes de consumo duraderos. Asimismo se han financiado inversiones en el sector terciario y en la industria de punta que no requieren un período de maduración muy prolongado y cuya tasa prevista de rentabilidad es muy superior a la del interés nominal, que acusa una tendencia descendente. Esta baja de la tasa de interés se debe aparentemente a tres motivos ligados entre sí: la absorción de

liquidez internacional, la posición menos ortodoxa del FED y la caída de la inflación. Esta última por su parte se debe al descenso de los costos internos, a consecuencia de la sobrevaluación del dólar y a la competencia de las importaciones, que se han traducido en un mejoramiento de la relación de precios del intercambio favorable al poder de compra de los asalariados.

Muchos esperaban que a partir de 1983 los Estados Unidos revertirían su posición superavitaria final del balance de pagos, ya que desde 1982 los ingresos percibidos por los capitales norteamericanos en el exterior no cubren el déficit norteamericano de la cuenta corriente. Sin embargo, no fue así, porque las entradas de capital extranjero se encargaron de cubrir holgadamente ese déficit. También aumentó la inversión en capital de riesgo. Tan sólo el Japón, por ejemplo, invirtió 10 000 millones de dólares en el período de recuperación y ya proyecta invertir otros 40 000 millones hasta el final de la década. Alemania occidental, por su parte, debe haber invertido alrededor de 8 000 a 9 000 millones de dólares, aunque no tenemos las cifras exactas de ese total. En suma, toda Europa y el Japón están invirtiendo en los Estados Unidos; mientras este último país hace retornar parte de los capitales de las filiales de las multinacionales norteamericanas que no tenían capacidad de mayor expansión en el resto del mundo. Por último, mientras la periferia está estancada y el resto del mundo crece a un ritmo del 1 al 2%, los Estados Unidos estuvieron creciendo a una tasa de 7 a 8% en 1983-1984.

Apoyándose en este enorme flujo de capitales, los Estados Unidos pudieron mantener un déficit comercial cuyos límites no son aún visibles. De 30 000 millones en 1982 ha subido a 60 000 millones en 1983 y saltado a más de 120 000 millones en 1984. En 1985 bien podría llegar a los 200 000 millones y seguir aumentando si no ocurre una desaceleración deliberada de la economía norteamericana, simplemente porque hay capital sobrante en el mundo. Este exceso de capital y de 'ahorro externo' se debe a que el resto del mundo acató una política conservadora, sea cual sea el tipo de gobierno. En verdad la sincronización de las políticas ortodoxas ha obligado a todos los países a mantener en bajos niveles sus tasas de inversión y de crecimiento y a forzar la de las exportaciones. Como reflejo del

ajuste forzado, todos los países del mundo registran superávit en el balance comercial. Todos menos los Estados Unidos.

Ellos abren su economía y al hacerlo provocan una masiva transferencia de ingresos y de capitales desde el resto del mundo hacia los Estados Unidos. Un aspecto muy importante es que esto permite cerrar el déficit estructural financiero del sector público. Todo pasa como si cada vez que el FED colocara títulos de la deuda pública en el mercado, tuviese la certeza de que esos títulos serán absorbidos por todas las estructuras bancarias y todos los rentistas del mundo. El hecho esencial es que todo el mundo está financiando no sólo a la Tesorería norteamericana, sobre todo a su componente financiero, sino también a los consumidores e inversionistas norteamericanos. Esta vez, y al contrario de lo que sucedió en el decenio de 1970, ha ocurrido una transferencia de ahorro real y no sólo de créditos, liquidez, o capital especulativo.

Otra cuestión que conviene aclarar se relaciona con la influencia de la tasa de interés sobre la inversión. Mucha gente afirma que el elevado nivel de la tasa de interés real terminará, tarde o temprano, por frenar el gasto de inversión. Es evidente que los norteamericanos no están financiando la inversión a través del mercado de capitales. No hay mercado de capitales nuevos; el mercado que importa hoy es el monetario. Los norteamericanos —vale reafirmar— están sustituyendo el tradicional endeudamiento de largo plazo (a través de la emisión de debentures, *equities*, etc.) por el crédito de corto plazo, o están utilizando recursos propios y capital de riesgo. Por otro lado, esta situación, evidentemente, pone en peligro a muchas compañías antiguas y al valor de sus acciones y debentures. Si una gran empresa quisiera lanzar, como intentaron varias recientemente, una emisión de varios miles de millones en el mercado de valores, en una semana la misma compañía se vería obligada a readquirirlos, pues de lo contrario caería el valor de sus acciones. Vale decir, el único riesgo real que los Estados Unidos están corriendo es el de sufrir una devaluación brutal de las antiguas empresas cuyas acciones están cotizadas a un valor distinto del efectivo. Al pasar, cabe señalar que los grandes bancos que se dedicaron a las inversiones en las ramas productivas antiguas, o en la energía y la agricultura, pasaron y pasan todavía por serios

apuros. La quiebra técnica del Continental Illinois ofrece un claro ejemplo. Por otra parte, todos los que invirtieron en California, en el Silicon Valley, y en los servicios, están en situación muy favorable.

Retomando el hilo del argumento principal, ya no hay mercado de capitales *strictu sensu* en los Estados Unidos. El mercado que importa es el del dinero. Los mercados de *open* u *overnight* de los Estados Unidos son tan erráticos como los nuestros, pero están controlados por el FED y no por la locura 'invertida' de los brasileños. La deuda pública de ellos tampoco es menos insensata que la nuestra, pero es provechosa, ya que está siendo financiada con la afluencia de todos los capitales bancarios del mundo, lo que obviamente no ocurre con nuestra deuda pública. Mientras nosotros (los brasileños) estamos obligados a resolver el problema interno del financiamiento público a costa de inflación y de la elevación dramática de los intereses internos, los Estados Unidos en cambio no sufren ninguna presión en ese sentido. Su tasa de interés puede bajar siempre que mantenga una ligera diferencia con la de los países europeos. Puede así afirmarse, a la luz de los acontecimientos de 1984, que la confianza en el dólar derivada de la victoria del presidente Reagan y de la "solidaridad forzada de los banqueros internacionales" difícilmente podrá abatirse. Fue así como no ocurrió la devaluación del dólar incluso con una política monetaria más suelta del FED y con el aumento del déficit norteamericano. Por el contrario, son los bancos centrales europeos los que se dedican desde fines de 1984 a tratar de evitar la devaluación de sus propias monedas. El Reino Unido acaba de pagar sus buenos servicios a los Estados Unidos sufriendo la mayor devaluación de la libra jamás registrada en una semana.

Los Estados Unidos no necesitan resolver su problema de financiamiento interno mientras la tasa de crecimiento de los países europeos sea inferior a la norteamericana, ya que no hay la menor posibilidad de que los capitales del resto del mundo resuelvan invertir preferentemente en sus países de origen mientras éstos no retomen tasas sostenidas de crecimiento. Hasta ahora están invirtiendo de preferencia en los Estados Unidos y las políticas nacionales se destinan exclusivamente a asegurar las estructuras productivas industriales y, en el caso del mercado común

europeo, también las estructuras productivas de alimentos. Los países de Europa no han formulado, desde el ajuste recesivo, ningún plan para restablecer sobre bases sólidas su crecimiento económico global. Apenas actuaron individualmente y trataron de protegerse contra la invasión japonesa de sus mercados. Sin embargo, al propio tiempo que la competencia intercapitalista se acentúa en el resto del mundo, se registra un fantástico aumento de la eficiencia en las industrias modernas del Japón y en algunos países de Europa. Y como ya vimos anteriormente, los Estados Unidos se están aprovechando de esta situación para modernizar su estructura productiva a costa del resto del mundo, incluso de la periferia latinoamericana, que les ha transferido en los últimos años casi 100 000 millones de dólares por concepto de intereses y pérdidas de la relación de intercambio.

La respuesta europea y japonesa ha sido forzosamente de alianza con los Estados Unidos; pero está por verse su destino de largo plazo como periferia del centro.

La arrogancia con que el informe Morgan considera como zona privilegiada de interés estadounidense a su "base ampliada en el Pacífico", que comprende el Canadá, México, Japón y los países asiáticos de industrialización reciente, está preocupando seriamente a Europa. Esta continúa paralizada, por razones de seguridad, por las relaciones estratégicas de alineamiento automático con los Estados Unidos, y por razones económicas debidas a su propia incapacidad de poner en práctica una política económica común, comenzando por la monetaria. El Reino Unido y Alemania occidental, cada uno a su manera, representaron un papel decisivo en la derrota de los proyectos de la social-democracia en Europa y la Francia socialista sucumbió melancólicamente en sus proyectos nacionales.

Esperamos que cuando reaccionen políticamente no sea tarde y estén condenados al papel de segunda periferia de los Estados Unidos.

Si los Estados Unidos consiguen mantener su actual política con el mismo vigor hasta 1988 sin provocar un derrumbe financiero interno o internacional (posibilidad que se vuelve cada vez más remota), habrán completado un decenio —de 1978 a 1988— de absorción de liquidez, de capitales y de crédito del resto del mundo. Habrán cumplido también un quinquenio de creci-

miento a costa del estancamiento relativo de sus competidores capitalistas más importantes. Habrán financiado la modernización del sector terciario y la remodelación de su parque industrial aprovechando las economías externas del resto del mundo. Así pues, la reanudación de la hegemonía terminaría por convertir a la economía norteamericana en una economía céntrica y no sólo dominante. Cualquier semejanza con la Inglaterra del siglo XIX es sólo analogía sin fundamento, dado el peso continental de los Estados Unidos y la existencia de la Unión Soviética.

Los problemas estructurales que los Estados Unidos tienen aún que resolver y que no pueden solucionar con deudas y capitales de corto plazo se relacionan con la transformación de su infraestructura básica. Ello requiere un proceso previo de consolidación bancaria y de reestructuración de la deuda interna norteamericana. Comparadas con el volumen de la deuda norteamericana y su déficit fiscal, las deudas del Tercer Mundo no son más que una gota de agua. En 1982 perdimos la iniciativa y la capacidad de presión sobre los bancos norteamericanos. Si ocurriera una remodelación de la estructura financiera, y sólo entonces, los Estados Unidos podrían dejar que el dólar se deslizara otra vez. Si el dólar se devalúa antes que eso ocurra, se producirá evidentemente una fuga masiva de capitales y, en consecuencia, el sistema financiero norteamericano podría quebrar. Es por ello que, a menos que no lo puedan evitar, los Estados Unidos no deben permitir que el dólar se devalúe considerablemente por lo menos hasta 1988.

De confirmarse estas hipótesis y si los Estados Unidos no reformaran las relaciones del FED y de la Tesorería con los bancos, el Brasil y los demás países latinoamericanos estarán condenados a renegociar la deuda externa año tras año, si no se toman providencias individuales y colectivas de cooperación para enfrentar ese estado de cosas. En cualquier hipótesis, el Brasil se verá forzado a pagar por lo menos en parte los intereses que debe a los banqueros internacionales y a intentar capitalizar la otra parte. El esfuerzo exportador que viene desplegando en años recientes no es algo nuevo, pero sí se ciñe a un padrón totalmente distinto al que prevaleció hasta 1978.

En efecto, en el decenio de 1970, en particular en el período de endeudamiento caótico que se inició en 1977, el Brasil efectuó un enorme

esfuerzo de exportación y logró diversificar su estructura de comercio exterior. En ese período, la balanza comercial brasileña registraba un superávit con relación a América Latina, África y el área socialista, y era deficitaria sólo con los países del Medio Oriente. En relación con Estados Unidos y Europa, la posición comercial brasileña era relativamente equilibrada hasta 1978. De ese año a esta parte, comenzó a enfrentar una violenta desestabilización en los mercados internacionales de monedas no convertibles que lo obligó, especialmente a partir de 1982, a transformar enteramente la estructura del intercambio. Pasó a la condición de superavitario en escala creciente con los Estados Unidos y con Europa, y está más o menos en equilibrio comercial con el resto de las áreas a las cuales exporta, aparte de estar realizando un violento esfuerzo de sustitución del petróleo.

Si los Estados Unidos quieren que Brasil pague el servicio de la deuda deben dejar que acumule un superávit comercial equivalente al monto de los intereses debidos. En verdad, no está ocurriendo así, puesto que Brasil está manteniendo un superávit con los Estados Unidos superior a la remesa de intereses a los banqueros norteamericanos, aunque inferior al total de pagos al conjunto del sistema bancario internacional. Esta es evidentemente una situación insostenible, tanto para Brasil como para los banqueros europeos. Cuando el superávit de este país con los Estados Unidos deje de crecer por fuerza de la desaceleración de la economía norteamericana, y el crecimiento del superávit con Europa y el Japón no lo compense (por las bajas tasas de crecimiento, el proteccionismo y la valorización continua del dólar) sólo le quedará al Brasil la alternativa de negociar duramente. Incluso una política conservadora y recesiva resultará inútil dados los bajos niveles y coeficientes de importación ya alcanzados.

Evidentemente el problema del proteccionismo sigue planteando otra fuente importante de conflicto, pero los Estados Unidos estarán dispuestos a ceder hasta el límite que Brasil necesite para pagar los intereses que deben a sus banqueros. Aún así, difícilmente Brasil conseguirá mantener un superávit con los Estados Unidos superior al monto total de intereses. Si renegociara la deuda y fuera menor la cantidad de intereses por pagar, entonces sería automáticamente menor el

superávit. Esto implica que las perspectivas de crecimiento de las importaciones dependen de una tenaza: las condiciones de renegociación de la deuda y el proteccionismo norteamericano y europeo. En suma, estamos enteramente sometidos a la política económica norteamericana en materia de política de exportación, política cambiaria y política de endeudamiento.

Por este motivo, la política cambiaria aplicada en los últimos dos años ha desconsiderado enteramente la estructura de los precios de las exportaciones y su efecto sobre la inflación y las relaciones del intercambio. El Brasil ha efectuado devaluaciones cambiarias más allá de lo que necesita en función de la estructura de sus precios internos, exclusivamente para poder competir. Al contrario de lo que se ha dicho, en términos de la estructura interna de costos de las exportaciones Brasil está devaluando excesivamente y por eso pierde en la relación de precios del intercambio. O sea, una vez más se ve obligado a hacer lo contrario de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos no van a abandonar (ni pueden hacerlo) la relación especial que mantiene con Japón, Alemania occidental, Canadá y México, pues se trata de espacios económicos y políticos que necesitan controlar de alguna manera. En mi opinión, los países del Cono Sur no son importantes para la estrategia de crecimiento del comercio norteamericano. El Brasil en algunos mercados es proveedor de segunda línea de productos agrícolas, en los espacios abiertos por las fluctuaciones cíclicas de la oferta norteamericana. Y es ahí donde se producirá la competencia más aguda y conflictiva si este país pretende mantener su posición en el mercado inter-

nacional a largo plazo. Los textiles, el calzado, la metalurgia y las máquinas son sectores en que tendrá que enfrentar la pugna de los demás países por el mercado norteamericano. Desde el punto de vista de la inversión directa norteamericana, los sectores apetecidos ya fueron pública y reiteradamente anunciados. Los Estados Unidos tienen un interés prioritario en los sectores de la informática, los bancos y los armamentos, sectores sobre los cuales quieren mantener una hegemonía irrefutable y que presentan las mayores posibilidades de expansión a largo plazo para los capitales norteamericanos ya asentados en el país.

Fuera de estas áreas contenciosas, queda por saber si el Brasil será capaz de comportarse como un deudor soberano y renegociar su deuda externa sin ceder en sus intereses y sin crear falsas expectativas psicológicas, irrealizables en la práctica, y que dejarían aún más frustrada a la población. Lo que es intolerable, sin embargo, es no reconocer el derecho de Brasil a la sobrevivencia y a la capacidad de autodeterminación, so pretexto de alineamientos automáticos, falsas hipótesis sobre la importancia del país y su relación preferencial con los Estados Unidos.

La llamada "arrogancia ingenua del nacionalismo criollo" está desapareciendo, a pesar de los esfuerzos de los conservadores por reavivarla como espantajo. País soberano es aquel que reconoce la realidad mundial, pero no se deja intimidar por ella, eligiendo opciones correctas y negociando con seriedad y responsabilidad en un intento por superar los límites del presente y abrir espacio al futuro.

(Traducción del portugués)